

en el cuarto que callasen, é hizo comenzar la operacion, que duró cerca de seis minutos. Al cabo de este tiempo despidió el médico á la mujer, encargándola que volviese á la noche, lo que ella prometió, y se fué despues de haber recibido los mas tiernos agradecimientos de Eglantina, y la promesa de una eterna gratitud.

Esta operacion renovada várias veces produjo notable efecto. En fin, al tercer dia dijo el médico que no se emplearia mas de una vez aquel remedio que tanto afligia á Eglantina. Durante esta última operacion, creyéndose Eglantina entre los brazos de aquella mujer, de repente dió un grito de alegría, diciendo : Ya veo la luz. Al mismo tiempo levanta la cabeza para mirar á la persona á quien debia la vista; pero en vez de la cara desconocida que buscaba, ¿cuál sería el exceso de su admiracion y enternecimiento al ver el rostro querido de la mas tierna de las madres?... ¡Justo Dios, exclamó, es mi madre!... el llanto le quita el habla, y estrechando entre sus brazos á Doraliza no pudo por entónces expresar lo sumo de su ternura... El médico le aseguró que á nadie habia debido aquel socorro sino á Doraliza. ¡Oh madre mia, cuánto estimo ahora la vida!... ¡Ah, y qué sensible me sería perderla ántes de haber podido manifestar á Vd. mi amor y agradecimiento!... Solo quiero vivir para hacerla á Vd. feliz, y solo lográndolo puedo serlo... Hablaba Eglantina con tanto calor y vehemencia, que temiendo el médico los efectos de una conmocion tan violenta la interrumpió, haciendo cesar la conversacion, que hubiera podido aumentar la calentura.

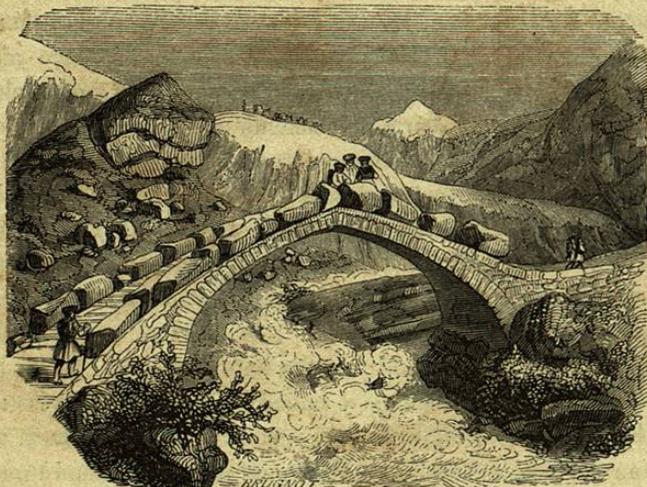
Desde este dia la enfermedad fué cediendo, pero el médico declaró que la dejaría muy desfigurada. En efecto, perdió Eglantina toda su hermosura; aunque no quedó señalada de las viruelas, ni de costurones en la cara, apénas era conocida : habia perdido el pelo mas hermoso del mundo, y no tenia ya aquella tez tan blanca y delicada que ántes se admiraba en ella. Sabiendo cuánto se había desfigurado no tuvo deseos de mirarse al espejo; pero la primera vez que se levantó, no pudo ménos de verse. Su madre le daba el brazo, y al ir á sentar en un canapé pasó por enfrente de un espejo. Poniendo en él la vista no pudo ménos de enternecerse, y parándose dijo : ¿Es esta aquella belleza que tanto se alababa hace quince dias? — ¡Qué desgraciada serías, replicó Doraliza, si hubieses tenido la locura de estimar en mucho esa frágil hermosura, que en

un instante se puede perder... y que precisamente en el corto espacio de algunos años se ha de acabar!...

Mamá, interrumpió Carolina, yo creo que Doraliza exageraba un poco para consolar á Eglantina; porque aunque no sea una persona muy jóven puede conservar la hermosura. — No, la hermosura no puede hallarse sino en una persona jóven. — Pero no obstante, madama de Palmis, que todos dicen es tan hermosa, no es ya jóven; tiene treinta y seis años... — Por tanto no es ya bonita, se conoce solamente que lo ha sido. Es cierto que todos le dicen que está mas hermosa que nunca, y que representa solos diez y ocho años. Cuando era de esa edad muchas mujeres criticaban su figura; ahora todas convienen en alabarla, únicamente porque conocen que ya no es lo que ha sido. Las personas jóvenes saben muy bien que las solas gracias de la juventud son siempre preferidas á cualquiera hermosura de treinta y seis años, y las mujeres que se acercan á los cuarenta, prefieren constantemente la hermosura de treinta y seis años á la de veinte. Esta es la causa por que tantas personas sostienen que madama de Palmis es mas hermosa que la condesa Rosalía. Aquella ya ha pasado; á nadie hace mala obra; la otra empieza á brillar, y excita la baja y ridícula envidia de todas las mujeres bastante limitadas y locas para reputar la belleza como la mas preciosa de todas las ventajas. Yo por mí no he visto nunca mujer que pasados los treinta años fuese tan bonita como á los diez y ocho, y que fuese verdaderamente hermosa sin los auxilios del arte, esto es, sin arreboles, sin adornos, y sin la ilusion de las luces... — Ahora conozco, dijo Carolina, que Doraliza no exageraba, y que tenia mucha razon en decir que solo una persona loca puede apreciar en mucho una ventaja tan vana, y de que se disfruta tan poco tiempo. Pero háganos Vd. el gusto de proseguir la historia. Creo de cierto que Eglantina se ha corregido para siempre y que hará feliz á su madre.

En efecto, replicó madama de Clemira, instruida Eglantina por la desgracia y por el agradecimiento, supo vencer todos sus defectos, y se hizo tan juiciosa, tan activa y tan digna de ser amada, cuanto habia sido ántes indolente, perezosa, inconstante y vana. Luego que estuvo del todo buena, partió Doraliza con ella á la Suiza. Las dos viajantes fueron primero á Leon; de allí tomaron el camino de Ginebra: pasaron por el *Fuerte de la Exclusa* (entre Chatillon y

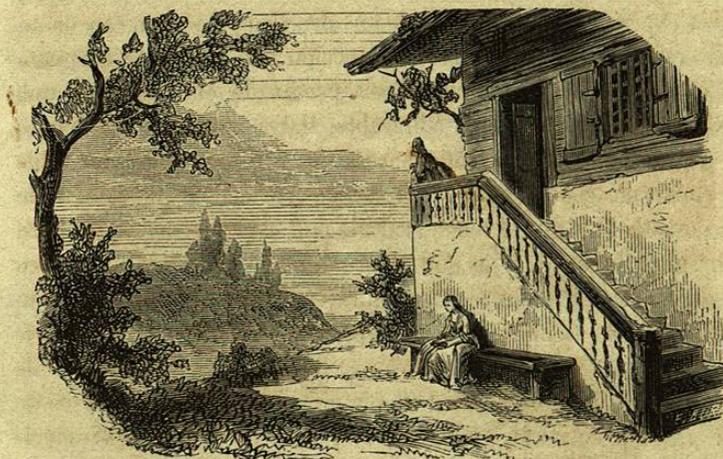
Coulonges), sitio muy notable por su extraña situación. Se detuvieron en Bellegarde para ver lo que las gentes del país llaman *la perdición del Ródano*. Este es un sitio cerca del puente de *Luze*, en donde se ve en efecto ocultarse el Ródano entre unos enormes peñascales y cuevas, y despues volver á salir, precipitándose en torrente desde otros peñascos. Este paraje, circundado de montañas, de enormes cimas y de peñascos cubiertos de ovas siempre verdes,



es suficiente para disgustar á cualquiera que lo vea de los jardines á la inglesa, en donde se ha querido imitar, pero en vano, semejantes efectos. Despues de haber estado algunos dias en Ginebra recorrió Doraliza las hermosas riberas del lago, con la intencion de buscar una casa donde establecerse, y resolvió hacerlo en Morges, bonita ciudad entre Ginebra y Lausanne, en las orillas del lago, y que goza de la mas bella situación. Alquiló Doraliza una pequeña casa en este agradable sitio: las ventanas de la sala daban por un lado sobre unas campiñas vistosas y fértiles, y por el otro se veia todo el lago de Ginebra, y las inmensas montañas cargadas de nieve que lo terminan.

No podia Eglantina cansarse de contemplar aquellas vistas tan hermosas. ¡Qué mal me parecería ahora, decía, lo que hasta aquí he admirado! ¡Con qué indiferencia volveré á ver las cercanías de Paris, sus insípidas llanuras y sus jardines tan alabados! Ya para

siempre desprecio *los rios artificiales, los peñascos y las montañas...* — Si hubieses estado en Italia, añadió Doraliza, no te parecerian mejor *las ruinas*<sup>1</sup>... — Me parece que los poetas no debieran celebrar las maravillas de la naturaleza, ni los pintores dibujar países sin haber visto la Italia y la Suiza. Soy de tu parecer, respondió Doraliza. *Auteuil y Charenton*<sup>2</sup> pueden inspirar algunos versos



buenos, pero no las ideas magníficas que en esta clase hacen las obras inmortales. Luis Bakhuisen, famoso pintor holandés, se expuso muchas veces al mar alborotado con violentas borrascas para observar el movimiento de las olas, el choque y los naufragios de las embarcaciones zozobradas contra los escollos, y el trabajo y sobresalto de los marineros atemorizados. El célebre Rugendas, pintor de batallas, vió el sitio, el bombardeo, la toma y saqueo de Ausbourg. Várias veces arrojó la muerte para considerar de cerca los efectos de las balas y bombas, y todos los horrores de un asalto. Se le ha visto dibujar en lo mas sangriento de ellos, y sacar sus diseños con el mismo cuidado y perfeccion que si los hubiese hecho en su cuarto. Wander-Meulen siguió á Luis XIV en todas sus conquistas,

<sup>1</sup> Hace alusion el autor á los jardines ingleses, en que se imitan todas estas cosas naturales.

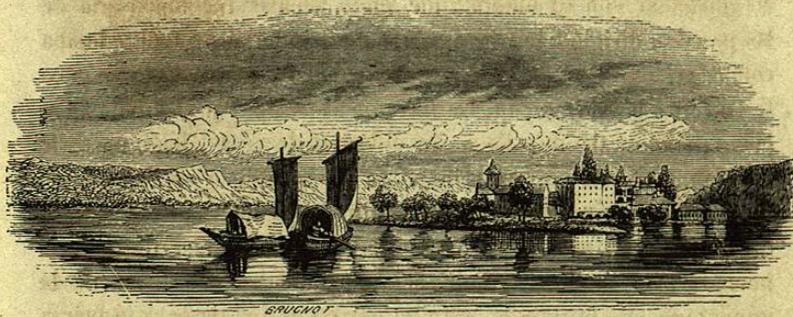
<sup>2</sup> Dos lugares muy amenos cerca de Paris.

dibujando las situaciones de las ciudades fortificadas y sus cercanías, todas las diversas marchas del ejército, los campamentos y las escaramuzas, á fin de formar los cuadros que despues hizo de la historia de este monarca. Esta es la actividad y el valor que puede dar el noble deseo de sobresalir; pero cuando se prefieren á esta gloria verdadera los aplausos cortos y momentáneos, no es precisa ni mucha instruccion, ni gran talento.

Escuchaba Eglantina á su madre con una satisfaccion que nunca habia experimentado: insensible en otro tiempo á lo ameno de su conversacion, su indolencia y distraccion le impedian hallar gusto en ella; pero las desgracias habian producido en su natural una revolucion tan súbita como admirable. Habia mudado enteramente de genio; reflexionaba, sentia con viveza, y tenia un gusto indecible en conversar con su madre: queriendo ademas recompensarla de las pesadumbres que le habia causado por su indolencia, se ocupaba con suma actividad, y lo que al principio le fué molesto á poco tiempo le sirvió de gusto. La lectura, la música y el dibujo ocupaban todo su tiempo. Como se aplicaba de véras, léjos de serle fastidiosos el estudio y el trabajo, la interesaban y le servian de recreo. Á los principios solo le habia movido á aplicarse el deseo de dar gusto á su madre, y hacerle ver de este modo su agradecimiento; pero despues, admirada y sorprendida ella misma de la rapidez de sus progresos, estudió por su propio gusto, y á fuerza de aficion, de paciencia y aplicacion consiguió recuperar todo el tiempo que habia perdido. Adquirió conocimientos sólidos y luces muy superiores, y cada dia se le hacia mas agradable su nuevo domicilio.

Como dos personas pueden con mil escudos al año vivir en Morges con mucha decencia, no echaban mucho de ménos la pérdida de sus bienes; tenian una casa muy cómoda, y principalmente el estudio de Eglantina era precioso. Desde su bufete descubria el lago y las montañas, y hallaba que esta vista era mas agradable que la del Sena y de los Baluartes. Comia mucho mejor que en el tiempo de su mayor opulencia; las excelentes frutas, la caza y ricas leches de la Suiza, y los excelentes pescados del lago de Ginebra no les dejaban nada que desear en este particular, ademas de que Morges, sus cercanías y Lausanne les ofrecian todos los recursos de trato y sociedad que podian apetecer.

En aquel feliz país, que el lujo aun no ha podido corromper, se encuentra toda la sencillez de las costumbres mas puras; y las mujeres son igualmente amables, instruidas y virtuosas. Doraliza y su hija iban á menudo á Lausanne: hicieron conocimiento con una jóven viuda llamada Isabela, que reunia con un bello exterior muchas habilidades, un talento fino y cultivado, un corazon sensible, y todas las prendas mas estimables y atractivas. Se hizo muy amiga de las dos; iba á menudo con ellas á Morges, ó á los viajecillos que hacian en las inmediaciones de Ginebra. Unas veces se paseaban por las dilatadas riberas del lago; otras veces juntándose en Morges una sociedad selecta de doce ó quince personas, se tenia concierto, ó bien se armaba un baile campestre debajo de una verde



enramada adornada con guirnaldas de flores naturales. Eglantina era el principal adorno de estas pequeñas funciones con su gracia, alegría y habilidades. No era ya hermosa, pero agradaba mucho mas que en el tiempo en que se admiraba justamente en ella lo perfecto de sus facciones y hermosos colores. Conservaba siempre un talle delicado y airoso, habia adquirido las gracias y el despejo, sin el cual esta ventaja de nada sirve: no se vestia con magnificencia, pero se sabia poner con gusto. Se la miraba sin admiracion, pero cuanto mas se la miraba mas agradaba su figura. Su semblante estaba lleno de expresion; en una palabra, no tenia ya aquella hermosura que deslumbra los ojos. Tenia otra mejor, poseia las gracias que los atraen y fijan.

Habia ya cerca de diez y ocho meses que habitaba Doraliza en Morges sin haberse podido resolver á dejar su casa por algun tiempo

para recorrer la Suiza como había pensado al principio. No obstante, queriendo hacer conocer á su hija aquel país tan celebrado, se determinó por fin á ausentarse de su casita y de la compañía de la amable Isabela. Marchó con Eglantina á fines de Junio, y fué primeramente á Berna, ciudad hermosa por la simetría y belleza de su situacion. Sus calles son muy anchas, y por el medio de todas pasa un pequeño arroyo de agua corriente y cristalina. Á los dos lados de las calles hay hermosos arcos que forman galerías cubiertas y enlosadas de sillería; en el fondo de estas galerías tan cómodas para la gente de á pié están todas las tiendas con suma curiosidad y adorno. Los paseos de Berna son deliciosos, y el terraplen que domina sobre el Aar ofrece de todos lados una vista admirable<sup>1</sup>.

Estuvo Doraliza algunos dias en Berna, y despues de haber visto á Indelbank, lugar en donde hay magníficos sepulcros, marchó de Berna, y se dirigió hácia las neveras de Grindelwal, á veinte leguas de Berna.

De todas las neveras que se hallan en los Alpes la mas notable es la de Grindelwal, cerca de un lugar de este nombre. En lo mas alto de la montaña hay un espacioso lago de agua helada. El peñasco que sirve de estanque á este lago es de un mármol negro con vetas blancas, la parte que baja en cuesta ménos rápida es de mármol hermoso y matizado. Las aguas sobrantes del lago al caer sobre este plano inclinado forman lo que particularmente se llaman las *neveras*, esto es, un conjunto de carámbanos en pirámides que cubren toda la cuesta de la montaña. No hay cosa que se pueda comparar á la hermosura de este magnífico anfiteatro, cubierto de torres ú obeliscos, que parecen ser del cristal mas puro, y que se levantan á mas de cuarenta piés de altura. Este espectáculo es admirable, sobre todo en el verano, cuando el sol hiere aquel grupo de pirámides. Entónces todas empiezan á humear, y esparcen un resplandor insufrible á los ojos. El valle está circundado por entrambos lados de dos montañas cubiertas de yerba y de un bosque de pinos.

<sup>1</sup> En un ángulo de este terraplen hay una inscripcion que conserva la memoria de un suceso extraordinario. Un estudiante yendo á caballo cayó desde lo alto del terraplen abajo, dando una caída de ciento y veinte piés de altura; el caballo quedó muerto, pero el estudiante solo se quebró las piernas. Ha vivido despues cuarenta años, ha sido ministro ó parroco, y murió el año de 1694.

Despues de haber visto Doraliza y su hija estas maravillas continuaron su viaje por lo interior de la Suiza, y queriendo conocer al autor del poema de Abel<sup>1</sup> fueron á Zurich. Allí vieron á este gran poeta, tanto mas estimable cuanto debe la mayor parte de sus talentos á la sensibilidad de su alma y pureza de sus costumbres. Si no hubiese sido amante del campo; si no hubiese habitado el país mas delicioso del mundo, y sido tan buen padre y buen esposo, no hubiera compuesto los bellos idilios, en los que la virtud se presenta con tan hermosos coloridos y bajo un aspecto tan halagüeño. ¿Por qué causa esta clase de obras tan sencillas en sí tienen tan grande atractivo? ¿por qué se han traducido en todas las lenguas? La causa es que el autor sentia todo lo que expresa, y había visto todo lo que pinta. Gesnero acompañó á Doraliza todo el tiempo que estuvo en Zurich. Cuando paseaban en las deliciosas riberas del Lago de Zurich, del Sil, y del Limmant, Gesnero enseñaba á Doraliza los sitios amenos que había dibujado<sup>2</sup> ó descrito en sus versos, y Doraliza admiró sobre todo el bosquecillo de las parras, en donde Gesnero compuso el delicioso idilio de *Mirtilo*.

Doraliza y Eglantina pasaron ocho dias en su compañía. Le contemplaron en medio de su familia y ocupaciones, y vieron siempre en él un sabio feliz, un verdadero filósofo, y un digno pintor de la naturaleza.

Despues de una ausencia de dos meses Doraliza y su hija volvieron con sumo contento á su casita de Morges. Isabela les dobló el gusto yendo á pasar con ellas gran parte del invierno. La primavera renovó los placeres, las funciones del campo y los paseos. Hacía dos años que Doraliza había salido de Paris. Eglantina iba á cumplir veinte; era las delicias de su madre, y no conocía la felicidad sino desde que habitaba en Morges.

Una tarde que Eglantina y Doraliza se paseaban por las riberas del lago encontraron á un jóven vestido de negro, que paseándose lentamente parecía sepultado entre tristes reflexiones. Al pasar al lado de Doraliza levantó los ojos, se quedó sorprendido, y se acercó. Entónces Doraliza conoció con admiracion que era el vizconde de Arzelle. Despues de los primeros cumplidos el vizconde le dijo le había sucedido la mayor de las desgracias perdiendo á

<sup>1</sup> Gesnéro.

<sup>2</sup> Gesnero dibujaba tan bien como hacia versos.

un padre querido; y añadió, que siéndole por esto odioso el vivir en Paris, había resuelto viajar; que pensaba estar dos meses en Suiza, y pasar despues á Italia. Concluida esta relacion, viendo Doraliza que anocheceia dió la vuelta á su casa. El vizconde le pidió permiso para acompañarla, y le dió el brazo. En este instante se acordó que Doraliza tenia una hija, y vió que estaba con ella: la saludó, pero no pudo verla, porque iba al otro lado de su madre, y ademas con la oscuridad no hubiera podido distinguir sus facciones. Llegados que fueron á la puerta de la casa llamó, y una



criada bajó á abrir. Entraron en el patio, y el vizconde dijo á Doraliza con enternecimiento: ¿Es esta, señora, su casa de Vd?... al decir esto se acordó de las inmensas riquezas de que en otro tiempo gozaba Doraliza, del buen uso que de ellas hacia, y de que solo se veia pobre por pagar todas las deudas de su marido. Subieron la escalera, entraron en un gabinete adornado con muy bonitos dibujos y alhajado con gusto. ¿No es muy precioso este gabinete? dijo Doraliza; pues todo lo que contiene es obra de mi hija. Ella ha bordado todo esto y ha dibujado esos países. No pudo ménos el vizconde al oír esto de manifestar una admiracion que parecia incredulidad: al mismo tiempo miró á Eglantina, y sorprendido de la mudanza que advirtió en ella, se quedó mirándola atentamente sin poderla conocer. Eglantina se sonrió poniéndose colorada, y esta sonrisa hermosó tanto su rostro, que el vizconde manifestó nueva admiracion. Al principio habia mirado á Eglantina con curiosidad, pero ya la contemplaba con aficion. Notó que habia crecido,

admiró su hermoso cuerpo, su aire noble, la expresion de su fisonomía, y conoció que las gracias que habia adquirido valian mil veces mas que la hermosura que habia perdido. Su admiracion creció al oirla hablar: no podia creer al escucharla que fuese aquella misma persona que le habia parecido en otro tiempo tan insípida y poco amable; no podia concebir que tres años hubiesen producido tan notable y extraordinaria mudanza. Al despedirse de Doraliza le suplicó le permitiese volverla á ver, y al dia siguiente pasó con ella gran parte de él. Tenian concierto aquella noche; oyó el vizconde cantar á Eglantina, y acompañarse con el arpa. Creia estar soñando, acordándose que aquella señorita tan amable era la misma Eglantina, con quien á pesar de su riqueza y hermosura no se habia querido casar por parecerle entónces tan presumida como ignorante.

El vizconde vivia en Lausanne, oia que todos alababan á Eglantina: habíase esta granjeado todos los corazones por sus gracias, su entendimiento, y sobre todo por su dulzura, igualdad de genio, y mucho amor á su madre. Oia el vizconde con sumo gusto estas alabanzas. Isabela, como amiga de Eglantina, era la que mas sobresalia en esto, por tanto el vizconde preferia su trato á otro cualquiera. Habia ya dos meses que el vizconde estaba en Suiza, y no hablaba ya del viaje de Italia. Pasaba en casa de Doraliza todo el tiempo que esta le concedia. Tímido y rezeloso con Eglantina apénas se atrevia hablarle, pero la escuchaba, y observaba sus acciones con una atencion de la que nada podia distraerle, y manifestaba á Doraliza la veneracion y afecto del hijo mas amante. Estuvo aun un mes en Lausanne; en fin, conociendo ya perfectamente á Eglantina, tanto por su fama como por el estudio que de su genio habia hecho, dejó de encubrir sus ideas que la razon aprobaba. Se explicó con Doraliza, y le pidió su hija. Vd. la merece, respondió Doraliza; cuando era hermosa y rica la ha rehusado, y ahora que ha perdido uno y otro la quiere. El mérito, la instruccion y la virtud podian solo inspirar á Vd. una pasion verdadera, por lo que debo creer será esta eterna en Vd. No obstante, como es posible alucinarnos nosotros mismos, exijo que haga Vd. sérias reflexiones ántes de contraer un empeño que debe decidir de su felicidad y la de mi hija. Quiero que se parta Vd. á viajar por tiempo de seis meses. Si al cabo de este tiempo piensa del mismo modo, puede

volver; Eglantina será suya. Á esto respondió el vizconde arrojándose á los piés de Doraliza, y le suplicó no dilatase su dicha. Pero ella, firme en su resolucion, no se dejó ablandar de sus ruegos y promesas; y el vizconde desesperado tuvo que marchar al dia siguiente. No pudiendo separarse del país en que habitaba Eglantina, anduvo vagando por la Suiza, y pasó así todo el tiempo de su destierro. Cumplidos los seis meses fué volando á Morges : cuando llegó, Doraliza estaba sola en su gabinete con su hija. De improviso se abre la puerta, entra el vizconde, y se precipita á los piés de Doraliza : entónces por la primera vez habla de su amor delante de Eglantina; pide su mano, protesta que nunca la separará de su madre. Eglantina le declara que solo con semejante condicion puede determinarse á cambiar una suerte que colmaba todos los deseos de su corazon; y el vizconde le asegura que un sentimiento tan natural la hace mas amable á sus ojos. Aquella noche misma Doraliza, la mas feliz de las madres, firmó el contrato de casamiento de su hija, y de allí á tres dias, colmados los deseos del vizconde, casó con la amable Eglantina.

¡ Ah mamá, dijo Carolina, qué historia tan bonita ! Vamos, de aquí en adelante prometo á Vd. no perder mis pañuelos, mis guantes, ni arrojar mi merienda en el jardin ; prometo tambien ser cuidadosa y aplicada, para no ser á diez y siete años sosa y necia, y sobre todo para no dar á Vd. pesadumbres. — Y si en adelante te dijese que eres hermosa, acuérdate tambien, hija mia, de la historia de Eglantina. Considera que la hermosura por sí sola es un mérito tan vano como de poca duracion, y que solo las prendas del corazon y del entendimiento nos hacen dignas de estimacion, y capaces de inspirar un amor verdadero. Con este documento se concluyó la décima velada.

Al otro dia no hubo tertulia por la noche, porque Mr. Fremont se habia quejado de la poca aplicacion de César aquella mañana. Muy sentido César de este castigo se amoinó, y se acostó sin pedir perdon al abate, contentándose con solo darle las buenas noches. Hacia ya média hora que estaba en su cama, cuando la Marquesa entró en su alcoba. ¿ Duermes, hijo mio? le dijo en voz baja. — No, señora, aun no, respondió César como afligido. — No lo extraño, y si es verdad, como no lo dudo, que tienes buen corazon, es imposible que puedas pasar la noche con sosiego. ¿ Cómo te has

acostado, hijo mio, con cierto rencor y mal humor contra un hombre á quien debes amar tanto? ¡ Le has dejado salir de tu cuarto sin procurar que te perdonase, cuando le dejabas para no verle en doce horas! ¡ Ah César! Escucha un caso que he leído esta mañana. El duque de Borgoña, padre del difunto rey, siendo muy niño riñó un dia con uno de sus ayudas de cámara; pero luego que se hubo acostado dijo al tal, que dormia en una alcoba inmediata : « Perdóneme Vd. lo que le dije esta tarde para que me pueda « dormir. » Juzga tú ahora, hijo mio, si hubiera sido capaz de acostarse sin haber pedido perdon á su ayo. No obstante este príncipe no tenia entónces mas que siete años, y tú has cumplido diez... — Ah mamá, bien sabia yo tambien que no podria dormir... pero permítame Vd. que me levante, y vaya al punto á pedirle perdon... — Con mucho gusto : vamos, hijo mio. Al decir estas palabras madama de Clemira le dió una bata, y él se la pone de priesa; salta de su cama, y acompañado de su madre va al cuarto del abate; llama á la puerta, y Mr. Fremont ya en gorro de dormir viene á abrir, y da muestras de admiracion al ver á César. Este se acerca, y arrasados los ojos en lágrimas le pide perdon en los terminos mas humildes y expresivos. Luego que acabó, Mr. Fremont, en vez de responderle, se dirigió á la Marquesa diciendo : « Vd., señora, es « demasiado buena; pero me basta que lo quiera, yo procuraré ol- « vidar lo que ha pasado. » Al oír esto César extrañó que el abate no le hubiese hablado á él. Pero este le replicó : Yo no tengo respuesta que dar á Vd. Esta visita, y todo cuanto Vd. me ha dicho lo debo únicamente á su señora madre. — Aseguro á Vd. que no me ha aconsejado mi madre que me levantara y viniese aquí... — Pero dígame Vd. ¿ estaria ahora en mi cuarto si la señora no le hubiera hecho conocer su mal proceder para conmigo? Á esta pregunta César bajó los ojos, y echó á llorar. Crea Vd., continuó Mr. Fremont, que si de su propio motivo, sin ser aconsejado ni excitado, hubiese venido, crea Vd., le vuelvo á decir, que le hubiera recibido amistosamente, aunque siempre era su culpa muy grande en haberme dejado salir de su cuarto sin manifestarse arrepentido de ella. Pero no obstante repito que por su señora madre le perdono de buena gana, esto es, que no le impondré á Vd. penitencia por el mal humor y enfado que ha tenido... — Pues bien, dijo César, yo mismo me la impongo. Prometo no asistir durante

quince dias á la velada, que es el mayor sacrificio que puedo hacer; pero á lo ménos no me trate Vd. por Dios con tan cruel indiferencia, y sufriré de buena gana mi penitencia. Al acabar estas palabras, Mr. Fremont con semblante cariñoso le abrió los brazos, y César se arrojó á ellos llorando de alegría por haber alcanzado su perdon, y mucho mas por haber hecho una accion que le reconciliaba consigo mismo. Ya ves, hijo mio, le dijo madama de Clemira, lo que cuesta cuando dilatamos la enmienda de nuestros yerros; no solo se hacen mayores y no se halla indulgencia, sino que tambien es preciso para repararlos dar pasos extraordinarios, y hacer sacrificios penosos. Si al acostarse hubieses pedido perdon, Mr. Fremont te lo hubiera concedido, y no estarias privado por quince dias de la velada.

Como los tres niños se habian impuesto la ley de renunciar á las veladas siempre que uno de ellos no pudiese asistir á ellas, Carolina y Pulqueria hallaron que César se habia impuesto una penitencia demasiado larga; le hicieron várias reconvençiones acerca de los inconvenientes del mal humor; y le dieron excelentes consejos sobre este particular, de los que César prometió aprovecharse en adelante.

Iba ya entrando la primavera, se estaba en los últimos dias del mes de Marzo; los paseos eran mas agradables, y comenzaba el campo á cubrirse de flores. Agustin, que conocia perfectamente todas las cercanías de Champcery, conducia todos los dias á los tres niños á parajes en donde encontraban flores con que hacer hermosos ramilletes. No daban aun sombra los bosques; se disfrutaba en ellos lo mismo que en los prados, del aire templado que reina en los primeros dias de Abril, y en tanto que los árboles desnudos de hojas traian á la memoria los rigores del invierno, el cielo puro y sin nubes, y el campo cubierto de flores anunciaba la llegada de la primavera y sus delicias.

César y sus hermanas poseian en comun un jardinito que era sus delicias. Estaba dividido en dos partes: en la una tenian la hortaliza, y en la otra las flores. En un rincon del jardin habia un pozo, esto es, una cuba enterrada, pero que tenia como un pozo verdadero su brocal para precaver las caidas, y una polea para sacar el agua que se traia á ella todos los dias. Los niños, ayudados de Agustin, sacaban el agua, y cultivaban ellos mismos su jardin. Te-

nian cubos, carretillas y demas instrumentos de jardinero proporcionados á sus fuerzas. Estéban el jardinero de la casa dirigia sus operaciones y los abastecia de plantas y semillas. ¡Qué ganas tengo, decia Carolina regando un jacinto, de verle en flor! ¡Qué gusto tendré en cogerlo para llevárselo á mamá!... — Pero esperarás, hermanita, á que yo le pueda dar al mismo tiempo un ramillete de alelies... — Y yo una ensalada.



El dia doce de Abril fué un gran dia; la penitencia de César se habia acabado. Los niños se levantan diciendo: *nuestras veladas se empezarán esta noche*; y en el jardin se encontró con que llenar una cesta de ensalada, jacintos, alelies y violetas. La cesta adornada con muchas cintas se llevó en triunfo, y repartió entre madama de Clemira y la abuelita. Las flores se pusieron con cuidado en algunos vasos para que durasen mas tiempo. La ensalada se comió al mediodía, y nunca ensalada supo mejor, ni se alabó tanto como esta. Por la tarde la Baronesa avisó que tenia una historia preparada, y acabada la cena contó la siguiente: